
ESTUDIOS

MICROANÁLISIS SOCIODEMOGRÁFICO DE ESPACIOS URBANOS

Carmen Ocaña Ocaña
Universidad de Málaga

RESUMEN

El trabajo ofrece una panorámica sobre algunos de los aspectos más significativos del microanálisis sociodemográfico de los espacios urbanos. Parte de una breve reflexión sobre cuestiones metodológicas, y se centra en el análisis de las principales manifestaciones de la diferenciación social del espacio urbano: diferenciación social, demográfica o étnica. Se consideran sus fundamentos, reflexionando sobre los procesos generales y los factores que localmente los reconducen.

Palabras clave: Microanálisis espacial. Segregación urbana. Diferenciación demográfica. Diferenciación étnica. Área sociales urbanas.

ABSTRACT

This paper offers an overview about some of the most significant aspects concernig social and demographic microanalysis of urban spaces. It begins with a brief reflection on methodological questions, and pays attention to the main manifestations of urban space social differentiation: social, demographic or ethnic. They are considered to be its foundations, thinking about the general processes and the factors that locally they re-lead.

Palabras clave: Spatial microanalysis. Urban segregation. Demographic differentiation. Ethnic differentiation. Social urban areas.

El presente trabajo reproduce la ponencia presentada bajo el mismo título al IX Congreso de la Población Española, cuyo lema «Nuevo siglo, nuevos datos y nuevos perfiles de la población española» era una atractiva invitación a la reflexión sobre sus cambios recientes. Dentro de esta propuesta general, se quiso establecer un espacio de atención específico a la población urbana, bajo este título de «microanálisis sociodemográfico», de evidentes connotaciones metodológicas.

Si nos detenemos a considerar el significado del término «microanálisis sociodemográfico» podemos advertir que en Geografía es un concepto más abierto de lo que su etimología sugiere, y ello debido a que tiene resonancias diferentes según se refiera a los individuos, o se refiera a los territorios. La primera acepción es de raíz eminentemente sociológica. En Sociología como microanálisis se entiende el que presta su atención a los comportamientos individuales, por oposición al análisis agregado que atiende a colectivos o grupos. Una diferencia natural entre individuo y sociedad, cuyo ensamblaje, por naturaleza dialéctico, es un tema clave y al mismo tiempo complejo, que escapa a cualquier mecanicismo.

Por lo que a la Geografía se refiere, la atención preferente por la población en relación con sus asentamientos y con los territorios, ha orientado la investigación geodemográfica al estudio de las poblaciones agregadas en función de estas bases espaciales. Éste es el enfoque dominante, sin menoscabo del interés cada vez más patente de indagar en el análisis de los individuos, especialmente necesario para ahondar en la toma de decisiones y los comportamientos individuales, en orden a comprender los procesos colectivos, que son los de plasmación espacial más vigorosa.

Enfocado desde los territorios, el microanálisis sociodemográfico tiene como objeto las agregaciones de población asociadas a una reducida base espacial. Esta orientación de microanálisis, que pudieramos denominar espacial, tiene una gran tradición en el análisis social de la ciudad, puesto que la distribución de la población en las ciudades, y los procesos por los que se fragmenta en áreas sociales diferenciadas, es un aspecto relevante de la dinámica socioespacial y una de las evidencias más genuinas de la naturaleza social del espacio.

Cabe subrayar el interés de descender a esta escala microespacial en el análisis sociodemográfico urbano.

Las cifras del censo del 2001 nos confirman la importante proporción de la población que se acumula en la ciudad. Trece millones de habitantes, sobre un total de cuarenta, viven en las capitales de provincias españolas. Más de siete millones corresponden sólo a ciudades que superan el medio millón de habitantes. Una perspectiva más extensa del fenómeno, nos llevaría a añadir a ese aglomerado, otros seis millones más de habitantes censados en los municipios de las coronas de las capitales de provincia.

La diversidad en lo social y la diferenciación espacial de estos complejos suburbanos, no puede ser advertida si su observación se limita únicamente a la escala municipal.

La implantación que tiene el municipio como base del análisis, fuertemente inducida por la importante información estadística que tiene asociada, se debe sobre todo a nuestra aceptación implícita de que los municipios constituyen unidades funcionales y de ahí el interés de observar agregadamente sus poblaciones, cuyas estructuras y dinámicas están íntimamente relacionadas con su marco territorial.

Hay otras perspectivas a considerar cuando se trata de los grandes espacios urbanos, que el enfoque agregado del municipio no favorece. Bien porque la ciudad es un mosaico de pie-

zas formal y socialmente diferenciadas, o bien porque la contigüidad física o funcional de las mayores ciudades, con sus entornos, hacen de la delimitación entre municipios una barrera artificial en una contigüidad funcional de sus poblaciones, el hecho es que, por motivaciones diversas, la escala municipal resulta insuficiente para comprender aspectos claves de las mayores poblaciones urbanas, y en éstas se concentra casi el 50% de la población.

No es el objetivo discutir la validez del municipio como unidad de análisis, sino simplemente destacar que hay realidades que necesariamente deben ser contempladas a otro nivel mayor de desagregación, y entre ellas, la distribución y la estructuración social de la población en el espacio urbano.

1. ALGUNAS REFLEXIONES METODOLÓGICAS

Una parte considerable de la investigación sociodemográfica urbana se ha orientado a reconocer esta estructura espacial y los procesos que subyacen en ella.

Su análisis impone como condición observar los fenómenos demográficos con una desagregación tal, que permita visualizar el mosaico social en que se descompone la ciudad. Esta exigencia hace que las unidades de observación, incluso los datos y su manejo, sean aspectos íntimamente relacionados que condicionan resultados y enfoques.

La unidades de observación en el microanálisis espacial

El tema de la unidad de territorio tomada como referencia no es en el análisis geográfico regional un aspecto banal, como tampoco lo es, en general, estadísticamente.

Con referencia al microanálisis espacial, y dejando a parte la consideración estadística del problema¹, nos detendremos a considerar cuales son las unidades espaciales más frecuentemente adoptadas. Su naturaleza afecta al significado social que puede atribuirse a los agregados de población surgidos en función de ellas. La selección de estas unidades tiene por tanto connotaciones que no son meramente operativas.

En atención a las unidades adoptadas en el análisis microespacial de la ciudad, cabría contraponer la existencia de dos estrategias de investigación básicas:

- Una es la que parte de la división del espacio urbano en barrios, asumiendo por tanto la realidad de estos marcos geográficos, con identidad propia, identificable como tales en el conjunto de la ciudad.
- Otra se funda en la información sociodemográfica de pequeñas áreas para explorar a través suyo la estructura del espacio urbano, en relación con determinadas características sociales.

El barrio ha sido el marco geográfico privilegiado en el análisis social de la ciudad. Un barrio es un lugar con la necesaria contigüidad física, lógicamente identificado también sobre

1 No entraremos en ello, pero hay que destacar su importancia, particularmente en aspectos tan significativos del tema que nos ocupa como las medidas de similitud o de distancia social, que serán muy dependientes de la unidad de población tomada de referencia.

una unidad formal, pero al que, además, se le reconoce una cierta integración social y una serie de significados comunes. Se le atribuyen las connotaciones necesarias, como espacio de vida, de interacción, de pertenencia, para derivar que la población agregada dentro de él constituye o se aproxima a una comunidad.

La realidad no siempre apoya estos presupuestos teóricos. Muchos procesos actuales actúan en el sentido de desligar la comunidad y el lugar. La población que comparte un barrio como residente, no se adscribe únicamente a él. El ámbito de su experiencia traspasa según facetas de su vida, espacios de amplitud muy diversa. Aun concediendo al ámbito de la residencia el papel capital que tiene en cuanto a polarizar el espacio de vida de los individuos, la proximidad y la distancia entre las personas es hoy mucho más independiente de la distancia física, que en el pasado. La sociología se hace eco de esta realidad, que la sociedad de la información y la de los flujos, no ha hecho sino acentuar. Compartir un lugar no es sinónimo de interacción, basta pensar en los barrios con grupos étnicos diferenciados; o en la ruptura de las redes sociales que la despoblación y repoblación de barrios históricos genera entre sus ocupantes.

No invalida, esta nueva realidad, el ámbito del barrio como unidad de análisis sociodemográfico. Tiene virtudes obvias para que sea uno de los marco preferentes del análisis social intraurbano. Entre ellas, la de constituir una unidad espacial diferenciada, que disfruta de un capital determinado, que está dotado de unos equipamientos concretos, cuya población tiene un cierto nivel de interacción, comparte unos servicios etc. Por otra parte, son piezas esenciales de nuestras representaciones de la ciudad, por si mismas un poderoso factor en las relaciones de la población con el espacio.

Para el análisis sociodemográfico de la estructura urbana el problema de esta aproximación es la dificultad que entraña observar el conjunto de la ciudad bajo esta unidad natural. No todo el espacio urbano está articulado por estas unidades con identidad territorial propia. Entre las que gozan de ella se pueden interponer zonas neutras, indiferenciadas, o de transición. No es infrecuente, por otra parte, que la imagen del barrio se difumine hacia los bordes, haciendo imprecisa la percepción común de sus límites.

La voluntad de estructurar la ciudad en barrios (a efectos de análisis, o de planificación de servicios), induce a extender sus delimitaciones de manera más o menos artificiosa. Se generan representaciones de la realidad, que no se ajustan a ella, pero con un notable poder de afectarla, porque ayudarán a construir la imagen colectiva de la estructura urbana. Como es natural, el interés de estas demarcaciones para el análisis social urbano será variable de acuerdo a su fidelidad a la estructura de barrios en su sentido más genuino. Y en la medida que sea la realidad social de estos marcos espaciales lo que se busca desvelar.

La segunda aproximación busca descubrir, a través del análisis muy desagregado de la población en el territorio, las discontinuidades que, a una escala dada, se pueden advertir en función de los caracteres sociales de la población residente. En esta búsqueda, la unidad de análisis (las manzana, las sección, los distrito...) define el tamaño del pixel con el que el investigador compone la imagen en áreas sociales de la ciudad.

En la lógica de este acercamiento se asumen, como unidades de observación, las agregaciones de población correspondientes a pequeñas demarcaciones espaciales. No se afirma la homogeneidad ni la integración social de esta unidad. Sencillamente se les adopta como las piezas menores, a partir de las cuales poder determinar las homogeneidades y discontinuidades observables en el espacio urbano.

Se comprende, por motivos operacionales, la tendencia a resolver este acercamiento en la escala de las secciones urbanas, porque constituyen el nivel máximo de la desagregación en la información censal.

Por conocido y compartido no hay necesidad de retomar aquí el problema que supone para la interpretación geográfica de la realidad, adoptar demarcaciones artificiales establecidas con finalidades específicas. El investigador está obligado a examinarlas bajo la perspectiva del objeto de su análisis.

Las secciones urbanas no se justifican como otras demarcaciones administrativas, los municipios en esencia, como unidades funcionales, tampoco cabe atribuirles el sentido de comunidad que se le supone a la unidad vecinal, sólo cabe presuponerles una cierta uniformidad interior derivada de su dimensión². Sin embargo, es bien sabido que ni siquiera la uniformidad es un requerimiento de su trazado.

Por este motivo se aborda también el análisis a través de otras entidades menores, calles, manzanas etc. Se busca corregir la diversidad morfológica que puede incluir la sección, y que puede difuminar (a veces de manera no fortuita) significativos contrastes sociales internos. La corrección de la sección, o en su caso la sustitución por estas otras entidades, se traduce en un superposición muy ajustada de las unidades de observación sociodemográfica a las menores diferencias morfológicas de la ciudad.

Pero en general, la importante segregación que la sección implica (una ciudad media puede contener del orden de las 300 a 600, más de mil en una gran ciudad) y especialmente la posibilidad de manejar en esta demarcación la información del censo de población, justifica más allá de la inconsistencias comentadas, que sea la referencia espacial de aplicación más frecuente.

No obstante su empleo opone trabas de gran dificultad. La principal es estructural: el seccionado urbano está sometido a una permanente revisión de su trazado, tarea que compete a cada ayuntamiento. Esto le priva de la estabilidad temporal deseable a cualquier análisis diacrónico. Todos los que nos hemos enfrentado al estudio comparativo de distintos periodos, hemos sufrido esta dificultad, que se salva con un análisis comparativo de las piezas y la reducción a los elementos comunes. Proceso arduo y que no siempre reporta una solución satisfactoria. Además, el carácter vivo del seccionado urbano dificulta el acceso, generalizado, a las versiones actualizadas³. Dificultad que se presenta, a pesar de las crecientes posibilidades tecnológicas, debido a la gran cantidad de ayuntamientos implicados.

2 En este sentido, la problemática de la sección se acrecienta, normalmente, hacia el borde de la ciudad, en donde aparecen los trazos más toscos del seccionado sobre el entorno rústico, con la inclusión de edificaciones dispersas y de entidad diferente en la misma unidad. Hacia el interior del perímetro urbano, las secciones son generalmente piezas pequeñas, que a la escala del conjunto de la ciudad resultan por ello bastante homogéneas.

3 Si se consulta el catálogo de productos del «Área de Información Geográfica» del INE se advierte el importante avance que supone la posible adquisición de la cartografía digitalizada de los contornos municipales y de las secciones urbanas de la gran mayoría de los municipios, lógicamente también de las ciudades. Están disponibles, en formato EXPORT de ArcInfo. Sin embargo, de momento esta disponibilidad se limita al seccionado del censo de 1991; la revisión relativa a 1996 solo afecta a un volumen menor de municipios, y no está disponible a 2004, la que ha sido la base del levantamiento del censo de 2001. Con independencia de su disponibilidad en organismos autonómicos (caso de Andalucía) se hace evidente la dificultad de mantener actualizadas a nivel centralizado las revisiones que dependen de tantos Ayuntamientos.

Dejando a parte estas dificultades operativas y volviendo al punto de partida, las diferentes estrategias en la adopción de las unidades espaciales de referencia, podemos concluir que cada una de ellas —los barrios como marcos territoriales, o las secciones o parcelas, como los pixel para identificar la imagen social de la ciudad— implica un determinado posicionamiento previo en la lectura del espacio por parte del investigador.

Las fuentes estadísticas y el microanálisis sociodemográfico

Hay que reconocer que en estos y otros posicionamientos relacionados con el microanálisis sociodemográfico, los márgenes del investigador están frecuentemente limitados por dificultades operativas y por las fuentes de información. Éstas siguen siendo un corsé que limitan el alcance y las temáticas del microanálisis sociodemográfico urbano.

La investigación sociodemográfica reposa, aunque no sea la única forma de acercamiento, en las fuentes estadísticas. No hay necesidad de comentar específicamente lo que aportan las fuentes principales (los censos, el padrón, las estadísticas de movilidad residencial o de movilidad natural etc.) que fundamentan la investigación en geodemografía. La cuestión es en qué medida tales fuentes documentales pueden apoyar el microanálisis espacial.

Las nuevas tecnologías de la información han abierto posibilidades muy amplias a la investigación que no hay que repetir. La primera, la existencia de la información digitalizada, que ha expandido el campo de análisis, como todos conocen, hasta posibilitar la información «a medida» dentro, claro está, de las limitaciones del secreto estadístico o de las establecidas por los contenidos de las propias fuentes. Con estas restricciones, la información digitalizada abre posibilidades antes desconocidas para el microanálisis social y el microanálisis espacial, a partir de dos fuentes esenciales: los censos y los padrones.

Quizás lo más relevante en relación al microanálisis social sea la propia existencia de archivos de microdatos. En términos estadísticos así se ha denominado a la información registrada a escala de individuo. En el caso del INE los ficheros de microdatos contienen los datos individuales de una estadística; se tratan de ficheros ASCII con estructura de campos que recogen para cada registro individual de la encuesta los valores que toma cada variable⁴.

La segunda gran oportunidad derivada de la informatización de censos y de padrones, es su posible desagregación en entidades territoriales menores al municipio, en el caso de la ciudad, como es sabido, las secciones urbanas.

En el pasado la difusión de información estadística a este nivel de desagregación ha sido limitada⁵. Aunque de una u otra manera los investigadores hayamos accedido a la infor-

4 Los archivos de microdatos por el tamaños de muestra grabada, permiten información fiable sólo para agregaciones importantes. Los productos ofertados por el INE responden a dos muestras diferentes. Una más extensa y de menor desagregación conceptual, con la que se puede obtener información más restringida pero con desagregación que alcanza hasta municipios de más de 20.000 habitantes (son los archivos de microdatos provinciales) y otra de muestra menor pero mayor desagregación conceptual (el archivo de nivel nacional) que permite desagregar los municipios sólo hasta los de más de 100.000 habitantes.

5 Los productos ofrecidos por el INE, con anterioridad al censo de 2001, por división de sección censal, son un total de ocho tablas con datos de edad y origen de la población con referencia a los padrones de 1996, y a los de 1998, 1999, 2000, 2001, 2002 y 2003.

mación, hay que saludar el avance que supone la difusión en la red que ha ofrecido el INE respecto al censo de 2001.

Por primera vez se puede disponer, para todas las ciudades y a escala de sección urbana, de información sobre aspectos claves de la estructura sociodemográfica y de los hogares. Se dispone efectivamente, de la información censal relativa a los caracteres de las personas (grupos de edad, sexo, estudios, actividad, ...), y su movilidad (llegada a la vivienda, al municipio) o de los hogares (estructura familiar...). Se completa con la simultánea difusión del censo de viviendas, con información de gran interés sobre la vivienda (clasificación, caracteres, dotaciones, régimen de tenencia etc.) y los edificios (estado, antigüedad, dotaciones etc.).

La riqueza de esta información, seguro que será origen de múltiples aplicaciones. Abre además grandes posibilidades a un tema, el de los análisis comparativos entre ciudades, menos abordados hasta el presente por la dificultad de acceso a la información de manera tan generalizada.

Ahora bien, la existencia de la información digitalizada no resuelve todos los problemas. En particular permanecen los que se derivan del secreto estadístico: a medida que la unidad de observación es menor, la probabilidad de identificación aumenta, y en consecuencia se limita la información que puede ser pública, particularmente el cruce de sucesivas variables. Una dificultad con la que los investigadores chocamos insistentemente en el microanálisis espacial.

Persiste una especie de incompatibilidad estructural entre microanálisis social y espacial, debido a la imposibilidad de acceder al microdato (ni siquiera a la aproximación que supone un determinado cruce de variables) a escala de microárea.

Esta dificultad resume la esencia del problema en cuanto a la información estadística, y al mismo hay que añadir el de las otras fuentes que no se explotan a escalas inferiores al municipio. La gravedad de esta limitación se acrecienta por la dificultad de suplir tales deficiencias mediante investigación directa (encuestas, entrevistas) cuando se busca documentar los procesos con una importante desagregación espacial.

Las herramientas de análisis

Merece también un comentario la aportación de las herramientas informáticas. La geodemografía participa de técnicas demográficas y de análisis espacial. En unas y otras, tales herramientas resultan un avance capital. Esto que tiene una validez general, tiene un significado particular cuando se trata de microanálisis espacial.

Uno de los méritos mayores del método de análisis del «área social» radicaba en la economía de medios: índices simples a partir de unas pocas variables⁶. Algo de mucho valor cuando no estaba difundido el uso de los ordenadores. No podemos dejar de recordar que la implantación de metodologías como la «ecología factorial», que marcó una era del análisis social urbano, fue posible gracias a la difusión de la informática, que permitió el manejo de gran cantidad de información, con la aplicación de programas estadísticos específicos para

6 El indicador de estatus social propuesto en este modelo era una combinación sencilla de datos «accesibles» sobre educación y profesión esencialmente y coste de la vivienda (Shevsky y Bell, 1955).

el análisis de datos sociales. La seducción de las herramientas tuvo que ver tanto como el atractivo de la metodología en la proliferación de la ecología factorial.

Los medios al alcance, para manipulación y análisis de los datos, no han hecho sino ampliarse.

En este sentido y por la vertiente de análisis espacial que abarca, merece una referencia la aportación brindada por los SIG. A través suyo se pueden efectuar operaciones muy importantes, concretamente de superposición de información, de análisis espacial y de representación cartográfica. Su aportación metodológica es muy valiosa.

Muchas de las investigaciones se basan en métodos de análisis multivariantes. En el análisis social se destaca la utilidad de los análisis exploratorios. En general se centran en el mejor conocimiento de cada variable en si misma, en explorar la estructura de los datos, en detectar la posible necesidad de su transformación a fin de que se aproximen a la distribución normal que los métodos multivariantes, por los que se exploran o confirman las hipótesis, presuponen (García Ferrando et al, 2000). Igualmente es también en Geografía importante la exploración del comportamiento espacial de cada una de ellas y de la correspondencia entre sus distribuciones. La facilidad brindada por el SIG para este ejercicio, es considerable.

Excelente su función en la fase de exploración e investigación. También en la de modelización cartográfica. Una generación de atlas sociales urbanos, de carácter microespacial, han dado la instantánea de muchas de nuestras ciudades, y se han convertido en documentos empíricos de la estructura en mosaico social de las ciudades de indudable interés.

Aunque sólo sea por comparación al pasado, datos y herramientas abren en la actualidad unas condiciones mucho más amplias al microanálisis espacial. Debiéramos sin embargo no quedar prendados de las herramientas, ni tampoco enfatizar en la microescala. El tema de la escala es importante en Geografía, pero debemos partir de una cuestión de principios: la escala territorial deseable es aquella en la que los procesos sometidos a observación, se hacen significativos. La clave de la cuestión es, por tanto, definir las temáticas relevantes, y en función de ellas expresar las fuentes de información y poner a punto los instrumentos de análisis, pues los métodos no son la finalidad sino los instrumentos del conocimiento.

Centraremos la atención en perfilar la temática más significativa del microanálisis socio-demográfico urbano: la formación del mosaico social de la ciudad.

2. EL MARCO TEÓRICO

Al observar la realidad, los datos empíricos nos informan de cómo se estructura la sociedad en el espacio urbano, cuya explicación nos conduce a considerar la estructura socioeconómica, los crecimientos y la movilidad demográfica, la morfología y la dinámica urbana y todos los factores (sociales, económicos, culturales...) que las relacionan.

Los factores en juego están bastante claros, pero su diversidad y complejidad no facilita la articulación de ellos en un marco teórico que armonice sus relaciones.

La ecología humana

Al referirse a estos marcos teóricos es inevitable la referencia a los postulados de la ecología humana clásica, que formó el núcleo central de coincidencia de sociólogos y geógrafos

en el análisis social del espacio urbano, en la primera mitad del siglo XX, con un impacto que desborda su tiempo. No es aventurado decir que, a pesar de la escasa vigencia de los postulados teóricos de la escuela de sociología de Chicago de los años veinte, el análisis social urbano sigue impregnado de sus significados.

Park uno de los representantes más destacados (al que se debe junto a Burgues que se acuñara, en los años veinte, el término de «ecología humana») formula en un trabajo que lleva tal nombre como título, el marco teórico de la interpretación de la estructura social del espacio urbano, mediante una analogía con la ecología vegetal y animal.

Por estos principios a la fase inicial de la ecología humana se le identifica como naturalista. A ella corresponden los modelos espaciales de la estructura urbana, construidos —a la vista del Chicago en expansión por las oleadas de inmigrantes de principios del siglo XX, y el organicismo de la teoría— como consecuencia de la expansión y del «metabolismo y movilidad urbana» relacionados con ella (Burgess, 1925).

Establece Park los fundamentos ecológicos de la diferenciación espacial. Describe la población humana organizada a dos niveles diferentes: el biótico y el cultural, y basa en el primero de esos niveles, el que pudiera considerarse subsocial, los argumentos de las distribuciones de los grupos en sus áreas naturales⁷.

La sencillez de la analogía biológica, que dio lugar a modelos sugerentes y esquemáticos, fue perdiendo fuerza en el seno de la ecología humana. Ya en los años treinta la posición naturalista era fuertemente refutada. Como señala Gettys, el trabajo de Alihan, «Social Ecology», era una crítica demoledora (Gettys, 1940). La separación radical entre el nivel biótico y el cultural era difícil de sostener, y aun manteniendo el nivel subsocial como el propio de la explicación de las relaciones ecológicas, se va distanciando del entendimiento meramente biótico de este, para darle contenidos culturales. Esta revisión denominada neortodoxa, revitaliza la posición de la ecología urbana al enriquecer sus conceptos, sin desechar sus bases naturalistas. Pero finalmente, por los años cuarenta, se hacen fuertes las críticas de los que rompían abiertamente con este presupuesto naturalista en favor del enfoque cultural. Los sociólogos socioculturales destacan los valores simbólicos del espacio como variables ecológicas. Consideran que no puede ser considerado sencillamente como depositario de cualidades de costes. Destacan que el espacio tiene para el hombre una significación mediatizada por sus valores culturales y en todas ocasiones los valores culturales interfieren las relaciones medio físico y comunidad humana (Walter Firey, 1945).

7 La argumentación, bastante conocida, se puede resumir en las siguientes ideas: Los procesos ecológicos en la especie humana están dirigidos por relaciones de «competencia». Hay que tener presente que entre la población humana, por causa del alto grado de interdependencia y división del trabajo, tal competencia se desenvuelve inevitablemente en un marco de cooperación que surge automáticamente sin planificación de la misma, a la que se le denomina «cooperación competitiva». Los individuos experimentan así relaciones de interdependencia, prácticamente espontáneas, que son las «relaciones simbióticas». El carácter de estas relaciones es piedra angular para entender los postulados de la ecología en su intento de interpretar a la sociedad humana en claves esencialmente bióticas.

La lucha por la existencia, basada ésta en la cooperación competitiva, cristaliza en la organización de la sociedad a nivel biótico y determina igualmente la distribución espacial de la riqueza. El nivel cultural de la sociedad, se fundamenta por el contrario en la comunicación y el consenso, y constituye una superestructura sobre el nivel biótico. La diferencia radicaría entre comunidad y sociedad. La comunidad expresaría el grupo humano bajo esta concepción biótica, la sociedad bajo una concepción cultural. De ahí que el nivel biótico se puede entender como una dimensión subsocial.

Progresivamente una perspectiva más amplia de la base teórica, de la complejidad de elementos y de la naturaleza de las relaciones, ha conducido a un fuerte distanciamiento respecto a la ecología humana clásica, y también a una relajación en la atención a las relaciones con el espacio, por parte de la sociología urbana.

El análisis del área social y la ecología factorial

En la segunda mitad del siglo veinte, los análisis empíricos fueron ganando la batalla a los debates teóricos sobre la estructura urbana. Habida cuenta de la diversidad del sistema social, de los componentes culturales no estrictamente supeditados a los económicos, las bases teóricas quedan como un referente excesivamente genérico que necesitan concretarse para diferentes modelos socioculturales. Las distintas aportaciones de los trabajos empíricos cobran su sentido científico como aportaciones a ese objetivo común.

En Geografía este trabajo empírico ha tenido dos líneas principales de desarrollo, el de las áreas sociales y es de la ecología factorial.

El análisis del área social aparece en el marco de la ecología humana desconectado de la escuela de Chicago, lo hace a principios de los cincuenta, por los llamados ecólogos de la Costa Oeste, o la escuela de Los Ángeles. Se formuló en el marco más amplio de la teoría del cambio social y aparece como una teoría explicativa de la segregación de explicación macro-social, frente a la interpretación microsociedad que había dominado en de la ecología humana clásica. Sobre el concepto de escala social creciente, de las relaciones entre los cambios en la estructura productiva y la organización de la sociedad, los autores llegan a identificar los tres grandes factores de segregación espacial (el estatus económico, la cultura o etnia, y los modelos familiares) por cuya conjunción se perfilan áreas socialmente homogéneas dentro de la ciudad.

El modelo de análisis del área social, presentado por sus autores primero mediante un trabajo empírico, después bajo su formulación teórica, alcanzó un alto grado de difusión⁸. Su aplicación a un volumen importante de casos y en entornos culturales diferentes, permitió comparaciones entre ciudades y ampliar su propuesta teórica para dar cabida a estructuras diferentes a las del capitalismo avanzado.

No obstante, la evidencia de los factores de la diferenciación en áreas ha hecho más por su pervivencia que el arropamiento teórico en que lo envolvieron los autores.

Es ante todo un modelo operativo. Un sistema de indicadores para describir los espacios urbanos en términos de áreas homogéneas porque sus habitantes coinciden en estatus social, en modos de vida o familia y en procedencia o étnica, es decir se asemejan en sus características sociales⁹.

8 El modelo alcanza una gran difusión con la publicación de la obra «The social áreas of Los Angeles» de Shevky y Willian (Berkeley, 1949), aunque su puesta a punto como modelo teórico es posterior y corresponde a un trabajo conjunto de Shevky E. y Bell, W., «Social Areas Analysis», (1955), tras una investigación similar sobre San Francisco (Theodorson, 1974)).

9 En palabras textuales de SHEVKY y BELL, «Nuestro término de área social hace alusión a la forma en que agrupamos un conjunto de unidades (*pueden ser las secciones urbanas*) en unidades más extensas basadas en su semejanza respecto a características sociales. Los conceptos de «área natural» y de «subcultura» guardan relación con nuestro concepto de área social, en cuanto concebimos un área social como un continente de personas con

Su éxito como sistema de indicadores indujo a su validación estadística, particularmente a comprobar matemáticamente la relación ecológica entre variables y factores propuesto por el método. El hecho de que la comprobación se efectuará mediante análisis factorial (Arndol, Camilleri, Schmid, 1958), fue sin duda una circunstancia clave en las derivaciones metodológicas posteriores.

Las debilidades en el campo teórico, el interés operativo de avanzar en el conocimiento de la estructura socioespacial de la ciudad, y la posibilidad brindada al efecto por el análisis factorial, justifican una auténtica eclosión de trabajos en esta línea, que se ha denominado de ecología factorial.

Una apuesta por el enfoque social en geografía

Había un cierto peligro en esta opción metodológica en esencia descriptiva: que el análisis de los datos y su interpretación estadística atrajera más que su explicación causal, o que la atención al espacio quedara relegada a poco más que la plasmación cartográfica de los resultados. Se comprende el interés geográfico de restituir la necesaria globalidad de la interpretación de la sociedad y el espacio, de indagar con un enfoque estrictamente geográfico, en el que el espacio no sea meramente un soporte de las relaciones sociales.

Éste es un objetivo estrictamente geográfico. La geografía se desenvuelve en la actualidad en una extraordinaria multiplicidad de enfoques. La realidad es que al tiempo que se incorporaban enfoques divergentes, interpretables como enriquecimiento y como disgregación, la disciplina también experimenta procesos de recomposición de su identidad bajo algunos enfoques claves. De ellos, espacialmente satisfactorio es el enfoque de la geografía social, que defiende la naturaleza social del espacio y por ende las organizaciones espaciales como proyección y producción de la sociedad (Herín, 1984) en el que confluyen los enfoques críticos y fenomenológicos (Ortega Varcárcel, 2000, pág. 424) con un gran eclecticismo epistemológico y teórico.

La cuestión es llevar este enfoque al microanálisis social urbano. La sociedad actual, la que se corresponde con el mundo globalizado, tiene formas sociales propias, y existe una nueva espacialidad característica de este capitalismo tardío, en la que las ciudades son nodos del espacio en red, al tiempo que lugares concretos. Como cualquier lugar, o la sociedad misma, la ciudad es una construcción histórica, las herencias (en lo que atañe al espacio, o a sus representaciones) es el sustrato en el que se inscriben los nuevos procesos, con resultados particulares. El juego de lo global y lo local, de las herencias y de los cambios, adquiere carta de naturaleza en la estructura social del espacio urbano. Lo que nos obliga a armonizar la generalidad de los procesos y las singularidades de sus concreciones.

posiciones sociales semejantes en la sociedad mayor. Sin embargo el área social no está delimitada por el marco de referencia geográfico, como lo está el área natural, ni por las implicaciones relativas al grado de interacción entre individuos en la comunidad local, como lo está la subcultura. A pesar de ello, sostenemos que el área social contiene generalmente individuos de un mismo nivel de vida, de un mismo modo de vida y una misma procedencia étnica. Defendemos la hipótesis de que los individuos que viven en un tipo determinado de área social difieren sistemáticamente respecto a actitudes y comportamientos característicos de individuos que viven en otro tipo de área social» (Theodorson, 1974, pág. 389).

No es fácil abarcar la complejidad de esta propuesta, pero puede servirnos de horizonte o de hilo conductor al plantear el juego de factores, herencias y procesos que se combinan en la diferenciación social del espacio urbano.

De ello nos ocupamos a continuación. La intención es recordar sus fundamentos, e hilvanar ideas sobre los procesos generales y los factores que localmente los reconducen, a fin de establecer una plataforma sugerente acerca de aquellos aspectos en los que el microanálisis espacial de la sociedad urbana sea social y espacialmente relevante.

3. LOS PROCESOS DE LA SEGREGACIÓN O DIFERENCIACIÓN SOCIAL URBANA

Casi un siglo de trabajos sobre la segregación social en la ciudad ha dejado fuertemente asentada la idea del mosaico social urbano. El objeto de nuestra atención va a ser el proceso de segregación espacial. Un término que tiene implicaciones semánticas de separación, de aislamiento entre grupos sociales, y que en la literatura de la ecología humana clásica implicaba también el de distancia física (una condición inherente a la importancia concedida a la distancia como coste en la interpretación de la estructura ecológica). Pero que, con el tiempo, el análisis de sus fundamentos y los resultados de la investigación empírica, ha ido reconduciendo para abarcar con él la fragmentación del espacio urbano, en células diferenciadas, incluso jerarquizadas, de grupos sociales homogéneos¹⁰.

Eliminada la condición de la distancia espacial, que no es la única clave del valor del espacio, la existencia de la segregación se materializa en la nitidez de las divisiones espaciales entre los asentamientos de grupos sociales diferenciados, y la fuerza de la misma podrá evaluarse en términos de distancia social, es decir, de diferencia entre las poblaciones segregadas, más que en términos de distancia física.

Los trabajos empíricos han tendido a diferenciar tres manifestaciones fundamentales en la diferenciación sociodemográfica del espacio urbano, la socioeconómica, la étnica y la demográfica. Se basan en factores no del todo independientes, pero capaces de manifestarse con cierta autonomía, por lo que sus fundamentos merecen ser observados individualizadamente.

3.1. Estatus social y segregación espacial

La complejidad, un rasgo característico de la sociedad urbana, es consecuencia de que incluye todos los extremos de la estratificación social. El estudio agregado de la población oscurece este hecho, que exige un acercamiento más típico del microanálisis espacial. Las correlaciones ecológicas, a este otro nivel, muestran la existencia de caracteres fuertemente asociados, particularmente los relativos a los niveles de estudios, a las tasas de escolarización superior, a las profesiones, a las situaciones laborales o al paro. Esta asociación ha fundamentado la práctica de interpretar tales caracteres demográficos como indicadores de clase

¹⁰ Es de interés el análisis que hace Brun sobre el uso del término segregación en geografía urbana, así como las anotaciones de Grafmeyer desde la perspectiva de la sociología. (Brun et Rhein, 1944) para apreciar las diferentes connotaciones con que se ha abordado el término de segregación.

o estatus social, y sus respectivas distribuciones espaciales como indicios de las pautas de la segregación urbana.

A esta diferenciación espacial sociodemográfica se identifica como segregación social, por responder a la estructura de la población en clases sociales. Es la expresión formal en términos espaciales de la ciudad dual (Castells 1995; Sassen, 2000) o de la ciudad cuarteada (Marcuse, 1989). Es por este motivo un tema relevante de nuestro tiempo.

La natural relación entre clase social y nivel económico¹¹, justifica que este factor se solape en cierta medida con los otros, puesto que la esencia de la segregación tiene siempre una remota referencia a la «competencia» por el uso del espacio, y una inevitable relación con el poder económico.

Es evidente que si intentáramos ordenar los factores que actúan en la segregación sociodemográfica, desde los más generales o los más particulares, el primero en la cúspide lo ocuparía la desigualdad social, como fuente de diferenciación en la capacidad de los grupos para acceder al uso del espacio. Pero al mismo nivel habría que considerar el escenario en sí, es decir, el espacio, por su diferente valor como depositario de un determinado stock de capital, en el sentido material (la vivienda incluida) y en el de las representaciones culturales y simbólicas.

Ambos tienen una misma lógica. La producción y el uso social del espacio que le hace diferenciado en la apreciación social, es uno de los fundamentos de que la desigualdad social se convierta en formas espaciales segregadas. El espacio es una construcción social y la separación entre actores y escenario, que habitualmente establecemos, sólo puede justificarse como un recurso lógico para ordenar las fuerzas en juego.

Ambos se combinan en el proceso de selección del lugar de residencia, proceso a través del cual se materializa la segregación social.

Se comprende el interés por conocer las circunstancias en cuanto a motivaciones y condicionamientos, que rodean esta toma de decisión de los individuos. Una línea de investigación característica del microanálisis social de la movilidad residencial y migratoria, de indudable interés geográfico (Stillwell, J., Congdon, 1991).

Desigualdad social y valor desigual del espacio fundamentan la segregación social de nuestras ciudades. Sin embargo la manera particular en que se concreta en cada una de ellas está llena de particularidades, que no impiden advertir la generalidad de ciertos patrones, pero que muestran que son muchas las variables en juego.

Hay efectivamente variantes importantes a considerar. Unas son relativas a la estructura de la sociedad local, o a sus políticas sociales y urbanas. También lo son los propios caracteres de la estructura urbana, pues los procesos se inscriben en las estructuras preexistentes, las revitalizan, reinterpretan o las marginan, de acuerdo a la lógica de cada momento. En este sentido llama poderosamente la atención cómo las herencias modelan la configuración de la segregación social.

Pero la misma naturaleza histórica de esta estructura le confiere un carácter dinámico. De ahí el interés de observar los procesos con la perspectiva de las permanencias y cambios en la estructura social, y de sus interacciones con la dinámica actual del espacio urbano.

¹¹ Giddens define las clases sociales como grandes agrupamientos de personas que comparten los niveles similares de recursos económicos, de lo que se deriva una similitud en el estilo de vida (Giddens, 1970; 1993).

Centrándonos en estos procesos, cabría centrar la atención en la incidencia de dos tendencias generales. Por lo que a la estructura social se refiere, una tendencia progresiva a la dualización, y por lo que se refiere al territorio, la generalización de los modelos de urbanización difusos, que hace del espacio residencial urbano una estructura extensa y discontinua que desborda el marco de la ciudad, y que confiere a la movilidad residencial en el ámbito metropolitano un papel clave en la progresiva reestructuración social del espacio urbano ampliado.

La ciudad del posfordismo ha eclosionado hacia el espacio exterior, con estructura o no de relaciones metropolitanas, y ha generado una intensa urbanización en el entorno rural, que no es privativa de las grandes metrópolis. La literatura lo ha calificado como la ciudad urbanizante (Juillard), la ciudad difusa (Bauer), la ciudad sin límites (Oriol Nel.lo). De un fenómeno geográfico tan trascendente, hemos de desgajar una idea fundamental: los procesos deben ser analizados también a esta escala supra municipal, pues la eclosión de la ciudad implica que la estructura residencial desborda los límites físicos y administrativos de la ciudad.

Se abre un mayor abanico de posibilidades a la estructura espacial de la segregación social. En la evaluación multicriterio que pudiera modelizar (tal como se representa, a modo de ilustración del proceso, en la figura 1), la toma de decisión de los individuos (con sus distintas capacidades en elección) a cerca de donde vivir, los criterios (en cuanto a preferencias y condicionantes) y las restricciones, habrán de manejarse en un escenario espacial de muchas más alternativas de localización.

La extensión del escenario conlleva también una mayor complejidad en los patrones espaciales del proceso de segregación social. La contraposición simple de centro y periferia no es eficiente.

La periferia no es uniforme. En la perspectiva de su conversión en una nueva área residencial el espacio no consolidado se prefigura ya con diferentes valores, que el proceso de urbanización en general confirma, y acrecienta. A ello confluye el soporte natural, la distribución de los grandes equipamientos, y los agentes inmobiliarios que en función del valor del suelo proyectan sus actuaciones para estratos determinados de usuarios. Tanto o más si de urbanismo asistencial se trata. De modo que, la propia urbanización, como producto, termina configurando espacios o piezas urbanas de diferentes valor. Las nuevas periferias urbanas se van estructurando como espacios sociales fuertemente diferenciados entre sí.

Pero yendo más allá en el espacio, en la difusión de la función residencial al medio rural, se proyectan los mismos factores que otorgan diferente valor al espacio en las periferias urbanas. De ahí que las coronas periurbanas, con sus propias estructuras heredadas (y la capacidad decisoria de sus respectivas municipalidades), normalmente están lejos de evolucionar sistemáticamente hacia la configuración homogénea y repetitiva de la periferia obrera de la ciudad fordista. La ciudad de Granada es un ejemplo significativo. Los asentamientos metropolitanos de la Vega se han especializado, de alguna manera, en la estratificación social de sus neorurales. La segregación social urbana se ha proyectado a la red de asentamientos de la corona periurbana. Madrid es otro buen ejemplo. Si el nivel de estudios es un indicador de estatus, el INE destaca municipios como Las Rozas, Tres Cantos, Torreloa, Majadahonda con un valor medio que excede ampliamente al que ofrece San Sebastián, la capital

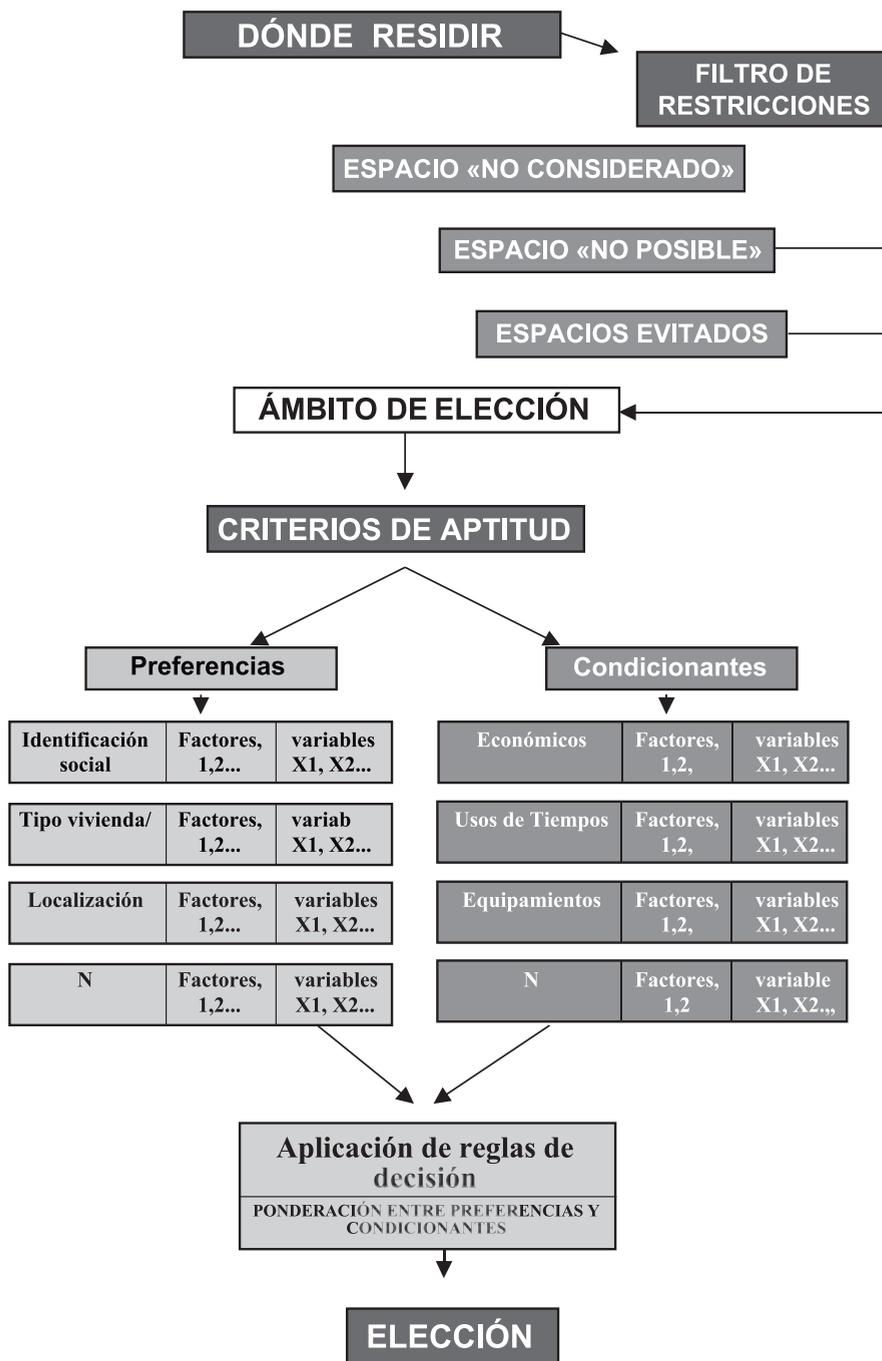


Figura 1. Evaluación sobre elección de residencia.

de mayor nivel al respecto, lo cual parece traslucir que estas localidades tienen, en su función residencial, una determinada especialización en clases medias altas.

Los procesos en curso tampoco apuntan a la uniformidad social del núcleo central. Todo lo contrario. El renovado valor de la centralidad de unos espacios urbanos ampliados en su extensión y conectados en la red el espacio global ha disparado su valor y es objeto del deseo de inversores y especuladores. En el mundo global la ciudad es una mercancía, que se engalana para ser parte del escenario de la opulencia, como un mecanismo de pervivencia en el sistema productivo global. El urbanismo y la arquitectura se suman para dar forma al escenario de la planificación estratégica. La residencia que se asocia a estos escenarios es un símbolo de alto estatus social. La alta cotización de la vivienda, hace competitiva la función residencial en zonas donde, poco años atrás, había sido vencida por la terciarización.

Circunstancia que coincide con el deterioro de otras áreas de la ciudad central, donde la antigüedad, la deficiencia y la obsolescencia de su infraestructura, poco acorde a los estándares de vida del momento, mantienen una espiral de degradación física y social.

La investigación actual ha centrado mucho su atención en los núcleos centrales de las ciudades, ante la importancia de estos procesos que se han bautizado de «gentrificación», término incorporado de la sociología alemana, para explicar la revitalización residencial de puntos céntricos por nuevos grupos sociales de clases medias altas, y de «guetización» que como tradicionalmente se ha entendido, es la formulación más acabada del proceso de sucesión, en el sentido de degradación de un área, hasta ser ocupada por grupos situados en la escala más baja del sistema social.

El espacio refleja el proceso de dualización de la sociedad. Se presenta éste como una consecuencia sobrevenida con la quiebra del Estado del Bienestar y los fenómenos asociados a la flexibilización y globalización económica, que divide a la sociedad entre una gran mayoría satisfecha, cada vez más acomodada, que disfruta de los beneficios del desarrollo social y económico, y una minoría numerosa excluida del bienestar. Definir la sociedad urbana como dual parece que es obviar otros muchos matices sociales, pero tiene el poder de centrar la atención en la importante población excluida, sobre los que se materializa la mayor fuerza de segregación de nuestro tiempo.

La cuestión es que el sistema es incapaz de erradicar la pobreza, más bien al contrario parece generar formas diferentes de exclusión, y la movilidad migratoria tiende a su acumulación en las ciudades.

El suburbio urbano, mucho más complejo y diverso que la percepción externa que se tiene de él, acoge también a una parte sustancial de los excluidos. Su perfil es muy heterogéneo: parados de larga duración, madres jóvenes solas carentes de vivienda y de ingresos, refugiados, trabajadores sumergidos, algunas minorías étnicas, etc. Lo que les da unidad es la situación de pobreza y la dificultad estructural para salir de la situación. Situación que culmina con un estrato social que se ha identificado bajo el triste apelativo de «subclase» (Gunnar Myrdal, 1962), que ha venido perfilándose para definir la forma más extrema de exclusión social, y lo que se vino en llamar cultura de la pobreza (Joan Vilagrassa Ibarz, 2000).

La gentrificación y la guetización atraen primordialmente la atención porque coinciden en el mismo espacio central de las grandes ciudades. No son procesos estrictamente nuevos, ni estrictamente exclusivos de las grandes ciudades, pero es precisamente en las grandes ciudades con extensas coronas metropolitanas donde mejor se advierte la brecha social que se

genera por los dos procesos aludidos, y ello debido particularmente a la erradicación paralela de las clases medias del núcleo central.

Tal erradicación, como la revalorización y la depreciación del espacio residencial de la ciudad en su conjunto, ha de ser considerada en el contexto de la extensión del espacio residencial que conforma la ciudad dispersa.

Hemos mencionado ya los procesos de degradación social, habríamos de destacar el interés de investigar sobre la amplitud del espacio urbano que puede estar implicado, pues sus ámbitos de desarrollo están en ampliación. Son dos esencialmente. Uno, el ya aludido, los barrios históricos, que han escapado a las operaciones de regeneración, y vienen siendo los protagonistas principales del proceso en la mayoría de las ciudades, aunque afectando espacios generalmente restringidos. Pero es evidente que no se reduce a éstos solos, sino que pueden estar incorporándose partes importantes de la periferia de la ciudad de los sesenta, de baja calidad de urbanización ya en proceso de envejecimiento.

Cómo sostuvo la ecología humana a propósito de las ciudades americanas, la despoblación y la guetización, como procesos, amenazan sectores extensos de la ciudad, que las clases medias rehuyen. La evitación de estos espacios («blow-out effect», usando una expresión de David Harvey), apoyó la suburbanización en muchas de sus ciudades (Gans, 1967; Berger, 1960)¹². En nuestras ciudades, la suburbanización es también hoy una opción frecuente de los nuevos hogares de clase media, cuya capacidad económica no les permite acceder a buenas viviendas en su propio entorno residencial, y han de escoger entre descender en la escala social del barrio, o la de una localización suburbana.

En consecuencia la ciudad se proyecta al exterior. Se entiende como un proceso espontáneo, pero se advierte que está mediatizado por múltiples intereses económicos privados y públicos. Parece un destino poco razonable en términos de sostenibilidad que la ciudad se extienda, abandonando espacios interiores al deterioro y a la despoblación, en un proceso de sustitución de espacios envejecidos por nuevos suelos urbanos. Los costes sociales que han de asumir los individuos (valorables en términos de tiempo, de gasto, o de ruptura de redes familiares) no van a la zaga de los que ha de soportar la sociedad.

Se hace evidente en este juego que la movilidad residencial intraurbana es en esencia el mecanismo por el que se reproduce o se remodela la estructura de las áreas sociales urbanas. Su investigación, compleja por la dificultad que entrañan los análisis temporales y de movilidad a esta escala microespacial, abriría vías de comprensión del fenómeno sumamente enriquecedoras. Pero la observación más somera de los hechos, deriva de manera inevitable la atención hacia un factor, el mercado de la vivienda, que por sus condiciones particulares aparenta ser la variable independiente de este complicado proceso.

Es destacable el desajuste del mercado de la vivienda en una etapa con un incremento tan considerable de la edificación. Los flujos de capitales distorsionan las relaciones entre la oferta y la demanda local del mercado. Se constata que la acumulación de bienes inmuebles, como inversión, es causa importante de la carestía por mantener, fuera de circulación, una

12 Nuevamente Chicago es el ejemplo: tras la Segunda Guerra Mundial, las nuevas áreas periféricas fueron acogiendo a las clases medias y progresivamente también a las capas medio - bajas y obreras laboralmente estables. Los trabajos de Gans (1967) y Berger (1960) documentan el mismo proceso de asociación entre guetización de áreas centrales y suburbanización de clases medias (Vilagrasa, 2000).

cantidad grande de viviendas. Sin embargo, un mercado tan segmentado como éste tiene otro motivo de desajuste en la acelerada subida de su coste, que sitúa a una parte extensa de demanda fuera del mercado, o pendiente de la reducida oferta de la vivienda social. La escasa dimensión del parque de alquiler agrava el significado de este desajuste entre oferta y demanda.

El tema de la vivienda es recurrente en los restantes procesos de la segregación espacial, sobre los que ocupamos a continuación, por lo que volveremos a considerarlo.

3.2. Diferenciación espacial de carácter étnico

Una manifestación nueva de la diversidad y segregación social en nuestras ciudades se deriva de la presencia, abundante y sobre todo visible, de grupos étnicos diferentes que han hecho su aparición con un ritmo acrecentado en los últimos años, a consecuencia del fenómeno histórico, renovado en nuestros días, de la migración económica.

Si uno de los temas claves en la geografía de la población española son los cambios recientes, el hecho de la multiculturalidad y su relación con la pobreza, es uno de los que se dibujan con mayor significado social para distintas áreas españolas y especialmente para las ciudades.

Por el momento, el volumen de los inmigrantes extranjeros en España con ser importante, no sería tan relevante de no ser por su concentración espacial en las ciudades mayores, en los espacios turísticos y en algunas localidades rurales mediterráneas. En tales situaciones, su presencia se convierte a escala local, en un fenómeno de gran significación social y política.

Para la sociedad española es esta una situación nueva sobrevenida con su reciente conversión en receptor neto de inmigrantes, y particularmente de inmigración denominada económica. Es sabido que el incremento de las migraciones internacionales con destino a los países más ricos es expresión, a escala internacional, de los procesos de reestructuración económica (destrucción y creación de actividades productivas) que se relaciona con el capitalismo tardío.

Fruto de la amplitud de espacios que sufren la desestructuración de sus sistemas productivos, la inmigración económica se origina desde puntos tan distantes del planeta, que la multiculturalidad aparece como el destino de las sociedades receptoras, sin que el horizonte en el que la misma sea socialmente contemplada como un valor positivo, esté por ahora despejado. Mas bien al contrario, «en todas las sociedades, las minorías étnicas sufren discriminación económica, institucional y cultural, que suele tener como consecuencia su segregación en el espacio de la ciudad» (Borja, Castell, 2001). Un motivo fundamental por el cual su presencia y la particular distribución en la ciudad, sea un tema de nuestra atención.

Hay más interrogantes que certezas en lo que concierne a la estructura social y espacial de los grupos étnicos minoritarios en las ciudades españolas. Son muchos los temas a documentar, desde la cuantía de los propios efectivos, siguiendo por sus estructuras demográficas y familiares, las formas de integración en el mercado laboral, o su movilidad. Todos ellos son previos a la explicación de su posible segregación.

Los propios efectivos son de difícil aprehensión. Los estudiosos encuentran sistemáticamente la limitación de las fuentes, particularmente por la extensa proporción que representan

los de situación irregular¹³ pero sobre todo lo dificulta la fluidez del elemento observado, el juego de su movilidad. Parte considerable de estos colectivos más que residentes funcionan como población flotante, desplazando su residencia de unos a otros lugares en la búsqueda de la supervivencia, dentro de un mercado de trabajo poco localizado.

Tal fluidez afecta a la cambiante estructura de los colectivos, y ésta constituye una cuestión esencial en la perspectiva sociodemográfica. Cada grupo inmigrante puede tener perfiles propios por ser resultado de distintos modelos migratorios (selectivos en cuanto a los individuos que los protagonizan) y por el tiempo de afincamiento que afecta a los procesos de reunificación familiar o reproducción en el lugar de asentamiento. Estos aspectos, además de los laborales (nada dice tanto de un individuo en nuestra sociedad como su actividad profesional) son claves para identificar socialmente a los grupos, y por tanto básicos para la interpretación de sus relaciones espaciales.

Por lo que a la distribución espacial se refiere, la segregación étnica aparece en nuestras ciudades, de manera incipiente. La figura podría definirse más que como una segregación en sentido más estricto, la que se identificaría como el gueto, como un fenómeno de acumulación relativa: porcentajes importantes de una comunidad se localizan en sectores restringidos del espacio urbano.

La segregación espacial de base étnica podría entenderse como una manifestación más de la segregación social. Los guetos negros eran la expresión más acabada de la segregación social por su identificación con los grupos de menor capacidad económica. Así fue el planteamiento de la escuela de Chicago. Los estudios de la segregación étnica se han confundido a lo largo del tiempo con los de la pobreza, en un encadenamiento, variable según los autores, de causas y efectos.

Aunque los puntos de conexión causal entre la segregación residencial en sentido socioeconómico y la segregación étnica son evidentes, es un proceso que puede tener fundamentos propios, sobre los que vale la pena indagar por lo que pueda ilustrarnos para mejor comprender la realidad de nuestras ciudades.

Cabría plantear que en la segregación étnica pueden confluír dos procesos de distinta naturaleza («discriminación» y «aglutinación») que no son siempre coincidentes, y que actúan con desigual severidad según los rasgos de los grupos étnicos presentes, y los significados que el grupo mayoritario genera respecto ellos.

El primero significaría la exclusión o discriminación del grupo étnico por parte de la sociedad mayoritaria. Se traduciría en la evitación de los espacios en los que la presencia étnica se haya hecho significativa. Iniciado un proceso de filtración de un colectivo étnico determinado, abocaría al progresivo debilitamiento de la presencia del autóctono, generando condiciones favorables a que la filtración se acentúe. Viviendas vacantes, pérdida de valor del barrio, van cerrando la escena para el proceso que la ecología urbana describió como el proceso de invasión y sucesión.

13 Debido al escaso interés de muchos colectivos extranjeros en cumplimentar la encuesta censal, el censo resulta poco exacto para valorar la población extranjera. Por el contrario, como el acceso a servicios de gran necesidad, como sanidad o educación, exige el previo empadronamiento, el padrón ofrece mayor utilidad para evaluar el fenómeno.

La frecuente coexistencia en múltiples áreas urbanas de España de despoblación por residentes españoles y repoblación por extranjeros puede inducir a aventurar que ya se están produciendo en nuestras ciudades procesos como el enunciado¹⁴. Pero la cuestión radica en establecer, a través del análisis de los procesos, el orden causal. De existir esta relación causal, que Duncan llega a medir a través del umbral de tolerancia¹⁵, la implantación precedería e impulsaría por sí misma al despoblamiento autóctono. De no ser así, sencillamente estaríamos en presencia de mera repoblación de espacios que están en proceso de despoblamiento, cuyas peores condiciones de habitabilidad son el factor de declive social.

El segundo de ellos podría definirse de autosegregación, por partir del grupo minoritario. Lo que este fenómeno refleja es la tendencia, de alguna manera voluntaria, a aglutinarse las personas de la misma etnia, a formar comunidades localizadas en algunos lugares de la ciudad.

La relación de estos grupos con la inmigración justifica, por la función de acogida de los establecidos respecto a los recién llegados, esta tendencia a la aglutinación que ha sido habitual en otros procesos inmigratorios, sin una carga étnica similar. Pero además de este mecanismo, la tendencia a la convivencia en proximidad de grupos de una cultura minoritaria es, sin duda, un modo de defensa de su propia identidad. También un mecanismo para generar lazos de solidaridad internos que adquieren un valor excepcional para los grupos más vulnerables. Éste es el caso de los recién llegados para superar el posible desarraigo (individuos aislados de la familia) y de la mayoría de los grupos étnicos minoritarios por su deficiente inserción social (manejo deficiente de la lengua, condiciones precarias de trabajo), o la situación de irregularidad que le excluye de muchos mecanismos de protección social institucional.

A la vista de nuestras ciudades ¿se confirman estos procesos?

Habríamos de establecer en primer lugar sobre qué colectivo de inmigrantes nos interrogamos, pues hay una radical diferenciación en lo que concierne a los del primer mundo de los que se están identificando como migración económica.

La permeabilidad con el inmigrante del primer mundo parece fuera de dudas. Las mayores ciudades, igual que polarizan flujos de capitales atraen élites de todo el mundo, cuyas pautas de distribución espacial se ajustan a las que siguen los grupos sociales de estatus más elevado. No hay que descartar la autosegregación buscada por grupos de capacidad adquisitiva por encima de la media, respecto a otros grupos y la mayoritaria (en Málaga, por ejemplo, hay topónimos, como el Atabal de los Holandeses, de interpretación poco dudosa). En general, fuera de los espacios turísticos, donde se puede documentar ambivalentemente la segregación espacial y también la integración, no es un hecho significativo.

14 A título de ejemplo, en la ciudad de Málaga, la unidad territorial identificada por el Ayuntamiento como Casco Histórico, experimenta abiertamente este proceso de repoblación. Entre 1996 y 2003 ha mantenido el declive de su población «autóctona», pero se ha reactivado abiertamente su crecimiento (un 17%), gracias al asentamiento de extranjeros (pocos de ellos de la UE). Como resultado la población crece y la tasa de extranjería se alza a 25,6 extranjeros por 100 españoles.

15 El concepto que perfila Duncan bajo el nombre de umbral de tolerancia, es el de la proporción precisa del grupo étnico minoritario para que actúe de detonante en el abandono más generalizado del barrio por parte de la otra población.

La segregación, o la concentración relativa, de grupos étnicos se hace mucho más visible cuando se trata de la migración económica. Su posición marginal en la estructura del mercado de trabajo (la ocupación precaria de muchos) y la también detectada discriminación en el acceso a la vivienda, o su dependencia de la vivienda en alquiler, son elementos que influyen en su distribución.

Más allá de las hipótesis, se necesitan estudios que lo documenten. Los estudios de casos se revelan de extraordinario interés en estas circunstancias.

Me resultó muy ilustrativo un informe relativo a Madrid (Delegación Diocesana de Migraciones, 2003) porque reflejaba la complejidad del tema. En primer lugar, la diversidad social que se encubre bajo el mismo fenómeno inmigratorio, con un cuadro de problemáticas familiares muy diversas. En cuanto a los espacios de acogida, deja ver en su extensa distribución sobre la ciudad de Madrid, la relación habitual con barrios obreros en clara correspondencia con el tema económico, pero nos remite igualmente al tema crucial del mercado de la vivienda, en particular a la de alquiler que se convierte en el conductor de los asentamientos. Otras conclusiones de interés se refieren a cómo las diferencias en las estructuras familiares y las que se asocian a las actividades laborales, parecen insinuarse como un factor de diferenciación en la forma de ubicación en la ciudad, que se entretajan con las tendencias de segregación entre grupos.

Por otra parte, los modelos espaciales difieren de ciudad a ciudad (frente al modelo de extensa difusión de asentamientos que ofrece Madrid, puede oponerse, como otro modelo, Barcelona, con una mayor concentración en el núcleo central) y tampoco son uniformes las estructuras sociales. La movilidad de los inmigrantes en los países de destino sin duda diferencia el colectivo que se afianza en las distintas localizaciones. Murcia, por ejemplo, por razones diversas (posibilidad de alojamientos, accesibilidad a las áreas rurales, grupos ya asentados...) es foco de concentración de inmigrantes que mayoritariamente son trabajadores agrícolas.

La realidad se ha impuesto y estamos empezando a analizar sus manifestaciones. Pero lógicamente también nos preguntamos sobre sus perspectivas. Hacia dónde evolucionará.

La literatura en la que hemos formado nuestro conocimiento sobre la segregación étnica en las ciudades proviene de los estudios de las ciudades estadounidenses, y se ha basado en la observación de grupos raciales, asentados largo tiempo en las ciudades. En gran parte se atiende al proceso de su integración en sucesivas generaciones. Los análisis diacrónicos han aventurado valoraciones diversas sobre la integración en el sentido social y espacial. Particular interés tiene a mi juicio los que se han centrado en el análisis de los procesos de diferenciación social de los grupos étnicos, a partir de una relativa homogeneidad inicial, y su reflejo en la disolución o no de la segregación espacial.

Creo que es una línea fructífera que debiéramos imitar. En nuestro caso, estamos en presencia de una oleada migratoria reciente. No hay suficiente perspectiva temporal para hacer ese tipo de evaluaciones. El futuro inmediato parece muy dependiente de las líneas políticas sobre su legalización, y sobre el mercado de trabajo, la protección social, o la vivienda. En tanto la integración laboral no sea absolutamente normalizada, parte de este colectivo bordeará el perfil aludido antes como subclase y formará parte de los espacios de la pobreza. Lo cual cierra un círculo de exclusión por sí mismo.

3.3. Diferenciación demográfica

Nos centraremos por último en la diferenciación demográfica, a la que es menos frecuente referirse bajo el término de segregación, por no encontrar en sus fundamentos el proceso de evitación o de exclusión que subyace en alguna medida en la separación espacial de base social o étnica. Personalmente no me disgusta el término segregación demográfica, pues si no incluye el proceso de evitación, sí está envuelta por procesos de exclusión: basta considerar la situación de las personas mayores sin capacidad real de cambiar de residencia, o la de los jóvenes impelidos a buscarla fuera de su ámbito de residencia familiar.

En cualquier caso, se refiere a un aspecto muy característico del mosaico social urbano: la yuxtaposición de áreas de peculiaridades claras en su estructura demográfica, bien por alto índice de envejecimiento, por la abundante población infantil, con frecuencia por la escasez de ambos extremos.

Se trata de una realidad bien conocida, visible incluso, que no escapa a los gestores de la ciudad, obligados a considerarla en la planificación de los servicios a la población. Un aspecto de la segregación urbana menos discutido en términos teóricos, pero de una relevancia social extraordinaria, en particular por lo que se refiere a la concentración espacial de personas mayores, con lo que conlleva de necesidades de atención y de pérdida de capacidad económica, conviviendo con coetáneos, y con frecuencia creciente en soledad.

El proceso de diferenciación demográfica se puede observar a diferentes escalas espaciales. Es visible entre los municipios metropolitanos y alcanza toda su fuerza en el interior del espacio urbano. Es un factor de diferenciación socioespacial bastante universal, si bien con matices propios del momento, y del lugar, pues es sensible a los cambios globales de la estructura demográfica y de los hogares, y a los modelos de expansión urbana.

Los datos del censo de 2001 nos han presentado la imagen de las capitales españolas con un índice de envejecimiento mayor —notablemente peor en las mayores— que el ofrecido por el conjunto de la población española (cuadro 1). Se deriva tanto de la proporción más alta de ancianos como de la más baja de jóvenes. Pero es en este colectivo de menores donde la diferencia se acrecienta negativamente para las mayores ciudades.

Cuadro 1
ESTRUCTURA EN GRANDES GRUPOS DE EDAD POR TAMAÑO DE LOS MUNICIPIOS
(CENSO DE 2001)

Grupos de edad	De 50.001 a 100.000 habitantes	De 100.001 a 500.000 habitantes	Más de 500.000 habitantes	Resto de los municipios
menor de 16	15,71	14,21	12,79	15,03
16 a 65	70,49	70,72	68,54	66,90
65 y más	13,80	15,07	18,67	18,07
	100,00	100,00	100,00	100

Tal circunstancia no debe confundirnos respecto a la significación de la urbanización en el proceso de la diferenciación demográfica: los espacios más urbanizados no son los focos

reales de envejecimiento, pero es evidente que es el estrato de ciudades medias, sobre todo de las coronas metropolitanas, las que mantienen la dinámica más positiva y un envejecimiento menor.

El contraste entre las capitales y sus entornos (el cuadro 2 da unos someros apuntes de las mismas), es un marco importante de referencia para el tema que nos ocupa. Como decíamos anteriormente, la estructura residencial urbana desborda el marco administrativo de la ciudad, y la segregación demográfica se produce en este ámbito extenso, afectado por una movilidad interna sin la cual no pueden entenderse los rasgos y los procesos de diferenciación demográfica del propio espacio urbano.

Cuadro 2
INDICADORES DE DIFERENCIACIÓN DEMOGRÁFICA DE LAS CAPITALS Y SUS CORONAS
(CENSO DE 2001)

		TOTAL	Capitales de >500.000	Resto de Capitales	Coronas
ESTRUCTURA DE EDAD	menor de 16	15,62	13,72	15,29	16,79
	16 a 65	67,35	67,61	68,4	69,74
	65 y más	17,04	18,67	16,31	13,47
ÍNDICE DE MASCULINIDAD		96,06	89,30	91,95	98,42
ÍNDICE DE VEJEZ	Total	109,07	136,09	106,66	80,26
	Varones	89,46	103,85	83,71	67,13
	Mujeres	129,77	169,98	130,85	94,1
Niños 0-4 años por 1000 mujeres de 20-49		204,72	183,45	188,23	215,07

Centrándonos en la naturaleza del proceso, el núcleo de la cuestión radica en que tal diferenciación demográfica es la expresión de la distribución de los hogares, segregada en el espacio de la ciudad, en función de lo que se suele denominar ciclo evolutivo. El tema en principio parece relativamente simple, pero su explicación remite a la interrelación de procesos diversos: la propia evolución física de la ciudad, los ciclos de vida de los hogares y de las viviendas, la movilidad residencial etc.

Los resultados de múltiples análisis de ciudades han documentado esta segregación como un fenómeno muy genérico, cuya interpretación ha alentado dos líneas argumentales complementarias. Una, basada en la propia evolución urbana, particularmente la expansión o renovación del parque de viviendas, como el motor que va dirigiendo espacialmente el establecimiento de los nuevos hogares, asociándose así relaciones importantes entre ciclo de vida de los hogares y ciclo de vida del parque inmobiliario. Otra, las preferencias en función de modelos de vida alternativos con las que los individuos se enfrentan a la selección de residencia, con una relación evidente aunque no exclusiva con la etapa del ciclo vital del individuo o la familia.

Evolución física de la ciudad y diferenciación demográfica

La lectura de la diferenciación demográfica en claves de evolución urbana es a veces diáfana: la secuencia interior exterior (ciudad vieja a ciudad nueva) está tan exactamente correspondida en términos de diferenciación demográfica, que los desajustes aparentes, son en efecto mera apariencia, y corresponden con frecuencia a meras irregularidades en la secuencia espacio-temporal en la extensión al exterior de la ciudad¹⁶.

La atención preferente por las relaciones entre evolución urbana y diferenciación demográfica, se debe de hecho a que los estudios de casos corroboran pautas espaciales (por ejemplo, la sistemática asociación entre áreas nuevas y antiguas del plano de la ciudad, con la presencia de poblaciones jóvenes y envejecidas) que conducen inexorablemente la atención a sus relaciones con la dinámica física de la ciudad. Aunque sea reduccionista, su acierto reside en relacionar los crecimientos urbanos, como sinónimo de oferta de nueva vivienda, y el asentamiento de hogares nuevos, como sinónimo de jóvenes familias.

Modelos de vida y diferenciación demográfica

Los autores plantean el ciclo de vida del hogar en fases y etapas, y como en las plantas, las fases son momentos cruciales, y en este aspecto, propicios a la movilidad: emanciparse, aumentar la familia o la emancipación de los hijos, la viudez, o la separación.

Hemos simplificado, en comentarios anteriores, refiriendonos como primer motor a los hogares jóvenes. La simplificación es comprensible, porque son los de mayor movilidad y porque arrastran la localización de los nuevos nacimientos, motivo de diferenciación demográfica de las áreas receptoras, y también de las que se ven desprovistas de sus asentamientos. Pero las estructuras espaciales reflejan los efectos de otros modelos de movilidad residencial. Por ejemplo, la de hogares maduros por ascenso económico o tras la emancipación de los hijos, que vienen estando en la base de la gentrificación de espacios centrales, poco accesibles a las jóvenes familias. Otro ejemplo, de signo contrario, es la movilización, hacia polígonos periféricos de viviendas sociales, de hogares maduros o envejecidos, a consecuencia de operaciones de renovación urbana de sectores centrales.

Parte de esta movilidad (igual habría que decir, de ciertas permanencias, la de los «atrapados») es ciertamente forzada, pero en general es resultado de decisiones individuales. Se comprende el intento de introducir en la explicación de las estructuras espaciales resultantes la perspectiva sociológica sobre estilos de vida o modelos de familias.

Esta es la línea argumentada en el modelo de áreas sociales para definir un factor (que en función de este argumento se denomina situación familiar) cuyos indicadores incluyen la actividad de la mujer y el tipo de vivienda, junto a la fecundidad y las edades.

16 Entre los ejemplos más perfectos de esta asociación podría presentarse el mapa de la diferenciación demográfica de Málaga a principios de los ochenta. Fruto de un ejercicio de análisis factorial, el mismo está publicado en OCAÑA C (1988): *Estructuras demográficas y áreas sociales en la ciudad de Málaga*. Sevilla. Las condiciones en que se genera esta estructura, tras una etapa de intenso crecimiento demográfico y físico de la ciudad, sugiere un tema de reflexión, transversal a los aquí planteados, relativo a la incidencia de la intensidad de las dinámicas sobre la mayor o menor nitidez de la diferenciación social.

La asociación estilo de familia y selección de residencia como factor de diferenciación social urbana es una hipótesis interesante. Se ha planteado (caso del aludido modelo del área social urbana) en términos bipolares: la familista y la posfamilista o profesional. Definida la primera como parejas con vocación familiar, con la mujer en el hogar y con hijos. La segunda, individuos solos, solteros, hogares ya sin menores, matrimonios sin hijos y con una profesión absorbente. El segundo tendería a establecerse en un piso-apartamento, el primero tendería a seleccionar una vivienda aislada, jardín etc. La cuestión es que la modalidad de la vivienda lleva asociada peculiaridades también en su ubicación espacial. De donde se viene a identificar la suburbanización como una selección voluntaria ligada a un estilo de vida. La lógica de este discurso, la comprobación parcial de la misma, ha llevado a una aceptación, más allá de lo que se puede comprobar.

Dada la racionalidad de esta diferenciación, puede tener valor como referente teórico. Pero, en su día, los indicadores del estatus familiar resultaron poco generalizables. Según las situaciones, indicadores como vivienda unifamiliar, o incluso el trabajo femenino, adquirirían significados distintos. Otra cuestión es que la incorporación de la mujer al trabajo, la obligada armonización de vida familiar y laboral de los dos cónyuges muy habitual, aun en el caso de familias jóvenes con hijos, no se ajusta bien a la dicotomía del modelo. La diversidad de situaciones familiares no parece que se pueda encerrar en ese esquema. Para avanzar en esta línea, la diferenciación demográfica en función de estilo o modelos de familias, sería preciso definir primero las categorías a diferenciar y los posibles indicadores sociodemográficos.

Esto me lleva a una reflexión general sobre la necesidad de interconectar todas las escalas del análisis sociodemográfico. El microanálisis espacial refleja la concreción espacial de fenómenos demográficos y sociales de carácter general. La evolución de los hogares, la necesaria redefinición de sus ciclos de vida, de acuerdo a las transiciones que actualmente se observan, los cambios en la edad de emancipación o de matrimonio, la misma esperanza de vida¹⁷ ... son aspectos que competen a los cambios de la sociedad en su conjunto, y que afectan a la forma de la segregación demográfica, y son claves para evaluar las tendencias de su transformación.

La vivienda en el proceso de la diferenciación demográfica

Si es necesario abordar el tema con esta perspectiva amplia de los procesos sociodemográficos, es también obligado por lo que se refiere a la perspectiva espacial una atención específica al tema de la vivienda.

Volviendo la atención nuevamente a la asociación dinámica urbana-movilidad residencial en relación con la diferenciación demográfica, se hace evidente que en la mecánica de sus relaciones, se interpone el mercado de la vivienda. Es decir, en cada momento queda afectada por la oferta real de viviendas y la forma o el coste de acceso a las mismas.

17 Los cambios son importantes, a título de ejemplo: el tamaño medio del hogar ha pasado de 3,8 en 1970 a 2,8 en 2001; ha crecido el número de hogares y especialmente los de un solo miembro: se han retrasado las edades de emancipación de los jóvenes, o la edad de matrimonio (actualmente la soltería no baja del 50% hasta los 28 años, y del 35% hasta los 30), etc.

Hay que volver a considerar caracteres antes aludidos del mercado de la vivienda (poca significación la vivienda en alquiler, elevado precio de la vivienda de nueva construcción, escasez de viviendas sociales...) ahora como factores de la diferenciación demográfica.

El progresivo debilitamiento de la vivienda en alquiler un (11,5% en 2001; 15% en 1991), viene orientando a los nuevos hogares a la búsqueda de ubicaciones donde el precio de compra de la vivienda esté dentro del ámbito de sus posibilidades. De esta manera, el precio del suelo o las políticas municipales tienen la capacidad de dirigir este proceso clave de la segregación demográfica. La suburbanización, que desconecta físicamente la red familiar, que aleja progresivamente la residencia del lugar de trabajo, puede constituir ciertamente una opción de vida. Pero la elección por ella puede estar realizándose en un escenario en el que las alternativas son inexistentes. Sobre todo si el nuevo hogar no quiere descender en su identificación como clase social, y es sabido que el área de residencia es un dato de fuerte representación social.

La ciudad consolidada parece especializarse en hogares maduros en general, en algunas áreas, envejecidos. Datos simples como los tipos de hogares por tipo de municipio (cuadro 3) confirman esta especie de especialización. Se advierte cierta complementariedad en la estructura por tipos de hogares entre las capitales y sus coronas: hogares de un sólo miembro, y hogares de ancianos están menos presentes en las coronas que en las ciudades, por el contrario, las localidades de las coronas, destacan respecto a las capitales en el asentamiento de hogares con menores.

Cuadro 3
TIPOS DE HOGARES SEGÚN TIPO DE MUNICIPIO

Tipos de hogares (selección)	Número de hogares		Índice de localización en la Corona
	Capitales >100.000 h	Coronas	
TOTAL	4.906.970	1.940.296	1,00
Una mujer de 16 a 64 años	290.636	73.873	0,72
Un hombre de 16 a 64 años	283.426	109.203	0,98
Una mujer de 65 o más años	403.866	108.709	0,75
Un hombre de 65 o más años	91.194	32.969	0,94
Dos adultos, uno al menos de 65 años o más, sin menores	627.641	202.035	0,86
Dos adultos y un menor	363.441	178.449	1,16
Dos adultos y dos menores	336.272	174.282	1,2
Dos adultos y tres o más menores	58.665	30.079	1,2

De ser sensible esta tendencia a expulsar a los jóvenes hogares del interior de la ciudad, la evolución de los restantes, a causa de la edad, tenderá a liberar necesariamente viviendas. De no existir una fluidez en la reocupación de las viviendas usadas, se comprende que

el proceso de envejecimiento esté asociado a la despoblación. Hemos aludido al efecto de «re población» de grupos étnicos. De hecho, en las áreas en declive y a costa de las viviendas de alquiler (ocupada en ocasiones con notable hacinamiento¹⁸) la inmigración está modificando la estructura demográfica de los barrios, rejuveneciendo su estructura e incorporando población infantil.

Merece la pena indagar sobre la circulación de la vivienda usada como factor de repoblación y rejuvenecimiento. Seguramente habrá diferencias sensibles entre ciudades de acuerdo al carácter de la oferta o a su competitividad con la nueva edificación¹⁹, pero hay un hecho general de una gran trascendencia, y es que parte importante de esta vivienda no entra realmente en la circulación del mercado.

Uno de los hechos que hace más enigmático el futuro de la segregación demográfica es el abultado volumen de las viviendas no ocupadas de manera permanente, incluso vacías²⁰. Millón y medio sólo en las ciudades de más de 100.000 habitantes no constituyen residencia habitual de un hogar. Sólo su entendimiento como una mera inversión revalorizable, permite explicar que se mantenga sin uso un capital de esta cuantía. Si este horizonte se rectificara, la estructura actual derivada de las condiciones comentadas, se vería seguramente alterada.

La ubicación de estas viviendas en la totalidad de la ciudad, especialmente en sus núcleos centrales, abriría las opciones de localización a las nuevas familias (y de movilidad a las existentes) también en el núcleo central. La suburbanización podría ser efectivamente una opción, un estilo de vida, no una necesidad. Hay que tener presente que una vivienda en circulación, de no ser ocupada por un nuevo hogar, libera lógicamente otra vivienda. El supuesto de que entrara en la circulación un 20% más de viviendas, en cualquier régimen, obliga a plantear un escenario diferente, con una necesaria consecuencia en la repoblación de la ciudad, pues siendo la fuente principal de la demanda las familias jóvenes, o los nuevos hogares, parece que se evolucionaría hacia una integración demográfica mayor.

Los efectos en la estructura de la segregación social también se dejarían sentir. La extensión de la oferta, podría traducirse en la recuperación de las clases medias en la ciudad consolidada, y la consecuente cadena de vacantes, aumentaría también los efectos de filtración, de unas clases sociales en los ámbitos de otras. Daría también una mayor posibilidad al proceso de gentrificación en áreas más significadas o en edificios de mayor singularidad. No cabe esperar una integración en términos sociales, puesto que no implicaría la homogenei-

18 De los hogares con más de 10 miembros existentes en las mayores ciudades (61.520) dos tercios son de inmigrantes extranjeros (41.056)

19 En un trabajo reciente sobre Málaga he podido comprobar que el mercado de la vivienda usada tiene una aceptación limitada en el establecimiento de los nuevos hogares, particularmente de la clase media urbana. La oferta barata es de calidad baja o coincide con áreas que generan problemas de identificación social en la selección de dónde vivir. La oferta de más calidad o en las áreas más aceptadas, presenta un precio elevado, de modo que resulta poco competitiva con relación a la nueva construcción en los sectores en expansión. Este hecho puede explicar el ágil funcionamiento del mercado de nueva construcción, junto al fenómeno no bien cuantificado, pero real, que ha hecho de la vivienda un refugio de inversión.

20 El censo de 2001 registra en las capitales de provincia un total de 4.906.583 viviendas convencionales, pero el censo total de viviendas se cifra en 6.442.343. Parte de este otro millón y medio corresponde a la vivienda secundaria, pero lo más «alarmante» es que casi 900.000 estén vacías. Si se observan sólo las capitales de más de 500.000 habitantes, la situación es similar: 447.010 vacías y 2.574.192 principales.

zación del valor de las viviendas, pero sí una suavización del rígido esquema de segregación social, a los que conduce el mercado libre y la limitada política social de viviendas.

No hay signos de que cambios, como los comentados, lleguen a ser efectivos, pero valga la reflexión para comprender hasta qué punto el mercado de la vivienda condiciona la posible evolución de la dinámica social de los espacios urbanos.

CONCLUSIÓN

Hemos pasado revista a algunos aspectos que resultan sobresalientes en relación a la diferenciación social de los espacios urbanos, por entender que viene siendo el objeto principal del microanálisis sociodemográfico de la ciudad. A modo de conclusión, se propone una breve reflexión para subrayar el carácter dinámico de estas estructuras, oscurecido a veces en nuestras interpretaciones por la atención prestada a sus formas.

Descubrimos en las estructuras espaciales que sometemos a examen el peso de múltiples herencias debido a su naturaleza histórica, pero la atención debe de dirigirse especialmente a los procesos en curso y a cómo se inscriben en esas configuraciones heredadas. Éstas han gozado de una prioridad en el análisis geográfico que hoy debemos poner en revisión: los procesos interesan tanto como las configuraciones aparentemente estables, pues en ellos radica la explicación de las primeras y sobre todo los impulsos para su transformación.

Observar estos procesos significa adentrarse en el cambio demográfico, en las dinámicas sociales (estratificación social, nuevas formas de exclusión, migraciones, estructura de hogares...) e igualmente, en la evolución de los espacios urbanos, del mercado de la vivienda o de la movilidad residencial que finalmente redistribuye la población sobre ellos. El microanálisis espacial es una escala más, entre otras, que nos permite comprobar la territorialización de los procesos generales, que se sostienen, como es sabido, en situaciones locales y en comportamientos individuales.

Parece oportuno terminar destacando el importante papel que puede desempeñar el microanálisis de los espacios urbanos en la investigación de este juego de fuerzas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARSDOL, CAMILLERI, SCHMID (1958): «La generalidad de los índices de área social urbana». reproducido en THEODORSON (1974): *Estudios de Ecología Humana*. Barcelona. Labor, págs. 392-404.
- BERGALLI, R. & CASADO, D. (coords.) (1994): *Frente a la Sociedad Dual. Jornadas sobre pobreza e inmigración*. Barcelona, Editorial Hacer.
- BERGER, Bennett M. (1960): *Working-class suburb. A study of auto workers in suburbia*. Berkeley & L.A. University of California Press.
- BONVALET, C., FRIBOURRG, A.M. (Ed.) (1990): *Stratégies résidentielles*. París. INED Plan Construction et Architecture. MTLTM.
- BONVALET, C. MERLIN, P. (Ed.) (1988): *Transformation de la familia et habitat*. Paris, L'Harmattan.
- BORJA, J. CASTELL, M. (1997): *Local y global*. Madrid, Taurus.
- BOURNE, S. L. (1981): *The Geography of Housing*. Londres, Edward Arnold Publishers.

- BRUN, J. y RHEIN, C. (edit.) (1994): *La ségrégation dans la ville*. París. L'Harmattan.
- BRUN, C. (1994): «Essai critique sur la notion de ségrégation et sur son usage en géographie urbaine» en BRUN, J. Y RHEIN, C. (edit.) (1994): *La ségrégation dan la ville*. París. L'Harmattan, págs. 21-57.
- BURGESS, E.W. (1925): «El crecimiento de la ciudad: introducción a un proyecto de investigación» Reproducido en THEODORSON (1974): *Estudios de Ecología Humana*. Barcelona, Labor, págs. 69-81.
- CASTELL, M. (1995): *La ciudad informacional*. Madrid, Alianza Editorial.
- CLARCK, W.A.V. (1986). «Residencial segregation in american cities: a review and interpretation» *Population Research and Policy Review* , nº 5 (2) págs. 95-127.
- CONSEJO DE EUROPA (1993) «Europe 1990-2000: Multiculturalism in the city, the integration of immigrants» Estrasburgo, Studies and Texts, nº 25.
- DUNCAN, O.D. DUNCAN, B. (1957). *The negro population of Chicago, a study of residential sucesion*. Chicago, University of Chicago Press.
- FIREY, W. (1945): «Sentimiento y simbolismo como variables ecológicas». Reproducido en THEODORSON (1974): *Estudios de Ecología Humana*. Barcelona, Labor, págs 419-433.
- GANS, H. J. (1967): *The Levittowners. Ways of life and politics in a new suburban comunity*. Londres, The Penguin Press.
- GETTYS, W.E. (1940): «Ecología humana y teoría social». Reproducido en THEODORSON (1974): *Estudios de Ecología Humana*. Barcelona, Labor, págs. 171-179.
- GIDDENS, A. (1979), *La estructura de clases en las sociedades avanzadas*, Madrid, Alianza Editorial.
- GIDDENS, A. (1993), *Sociología*, Madrid, Alianza Editorial.
- GRAFMEYER, Y. (1994): «Regards sociologiques sur la ségrégation» En BRUN, J. Y RHEIN, C. (edit.) (1994): *La ségrégation dan la ville*. París, L'Harmattan, págs. 85-117.
- HARVEY, D. (1989) *The Urban Experience*. Oxford: Basil Blackwell.
- LORA-TAMAYO D'OCÓN. (2003): *Extranjeros en Madrid. Informe 2001 - 2002*. Madrid. Delegación Diocesana de Migraciones.
- MARCUSE, P. (1989): «Dual city: a muddy metaphor for a quartered city». *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 13, nº 4, págs. 697-708.
- MARCUSE, P. (1993): «What's so new about divided cities». *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 17, nº 3, págs. 355-365.
- MARCUSE, P. (1993): «What's so new about divided cities». *International Journal of Urban and Regional Research*, 1993, vol. 17, n1 3, págs. 355-365.
- MASSEY, S., DENTON, N. (1988). «Suburbanization and segregation in U.S. metropolitan areas». *American Journal of Sociology*, vol. 94, nº 3, págs. 592-626.
- MONCLÚS, J. (ed.) (1998): *La ciudad dispersa*. Barcelona, Centro de Cultura Contemporánea.
- PARK, R., BURGESS, E. MCKENZIE (1925): *The City*. Chicago, The University of Chicago Press.
- ROSE, H. (1971): *The black ghetto: a spatial behavioural perspective*. New York, McGraw-Hill.

- ROSE, H. (1976): *Black suburbanization. Access to improved quality of life or maintenance of the status quo?*. Cambridge, MA: Ballinger Pub. Co.
- SASSEN, S. (2000): *Cities in a world economy*. London, Pine Forge Press.
- SHEVSKY, BELL (1955): «Análisis de área social». Reproducido en THEODORSON (1974): *Estudios de Ecología Humana*. Barcelona, Labor, págs. 378-393.
- STILLWELL, J., CONGDON, P. (Ed.) (1991): *Migration models: macro and micro approaches*. Londres, Belhaven Press.
- VILAGRASA IBARZ, J. (2000): «Los debates sobre pobreza urbana y segregación social en Estado Unidos». *Scripta Nova Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales Universidad de Barcelona*, nº 76.
- VV.AA. (2003): *Inmigración en España*. Papeles de Economía Española, nº 98.